

cuanto a la otra cuestión, la actitud pro o antifrancesa de los dos sectores enfrentados en la crisis dinástica de la Monarquía española, resulta evidente, por un lado, que una buena parte de las elites godoyistas —funcionarios, militares, intelectuales y alto clero— se incorporó en 1808 al Estado josefino —lo que redundó, sin duda, en el desprestigio de este último— y, por otro, que Fernando VII jugó primero la carta francesa y después, en vista de que Napoleón no tomaba en consideración la baza que le proporcionaba el joven príncipe, optó por dejarse querer por la España patriota. Los fernandinos lo tenían, probablemente, más claro: la revuelta antifrancesa sería la gran ocasión para barrer del mapa los restos del poder de Godoy.

Si el excelente libro de Fraser da la medida de la aportación historiográfica al bicentenario que ahora comienza, hay razones para creer que la efeméride será algo más que una ocasión para recordar y glorificar la Guerra de la Independencia. Siendo sobre todo, como reza el subtítulo, una historia social del conflicto, *La maldita guerra de España* —título tomado de una frase de Napoleón— es en realidad una pormenorizada y a menudo original historia del conflicto en toda su amplitud, escrita a partir de una abrumadora base documental y con el rigor que cabía esperar de su autor.

*Juan Francisco Fuentes*

RICARDO GARCÍA CÁRCEL: *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*, Temas de Hoy, Madrid, 2007, 416 págs.

El término «mito» se ha convertido en los últimos tiempos en un habitual de las portadas de libros de historia. Si antes nadie estaba dispuesto a reconocer que los relatos historiográficos están plagados de mitos, ahora empiezan a ser legión quienes dedican estudios enteros a «desmitificar» las interpretaciones heredadas sobre acontecimientos del pasado, y especialmente sobre aquellos considerados señeros en el imaginario colectivo y la tradición académica. En la mayoría de estos análisis, sin embargo, se dan cita un afán «revisionista» y una recurrente falta de profundidad en la reflexión acerca del significado y la proliferación de mitos en los relatos, lo cual impide a los autores caer en la cuenta de los límites de toda pretendida «desmitificación».

Este ensayo divulgativo de Ricardo García Cárcel no debe confundirse en cambio con un trabajo «revisionista» al uso; su pretensión es más ambiciosa y a la vez más conservadora. Ofrece, de un lado, un recorrido crítico por «la espesa flora de los mitos construidos por los políticos de la generación de 1808 y reelaborados por los historiadores» (353), pero también aspira a hacer frente, de otra, a una perniciosa tendencia que el autor encuentra en la historiografía reciente, especialmente la que procede de «los nacionalismos periféricos, los nacionalismos sin Estado», los cuales, en un afán por degradar la existencia

«histórica real de la nación española», al parecer han caído presa del espejismo de que «[t]odo sería inventado» (15): la nación, el cambio social e institucional. García Cárcel cree posible de un solo plumazo desmitificar la larga herencia historiográfica heredada sobre la Guerra de Independencia y atajar el revisionismo «deconstructivista» que supuestamente nos invade. En realidad, estamos ante un buen ejemplo de cómo los historiadores suelen enfrentarse al estudio de los mitos que contienen los relatos que ellos producen, y también de las típicas limitaciones ante ese objetivo.

García Cárcel asume una parte del programa de deconstrucción: admite de partida que sobre los hechos del pasado se producen siempre numerosas «representaciones», de manera que «las interpretaciones sobre la guerra [de Independencia] han sido múltiples» (14). Una intención expresa del libro es precisamente «ordenar ese caos de representaciones que nos hicieron sus protagonistas» (19) con el objeto de poner en evidencia la influencia de unas estructuras subyacentes, las cuales en este caso remiten desde su punto de vista a unas respectivas perspectivas conservadora y liberal dominantes en el contexto que no excluyen empero la posibilidad de terceras miradas. El problema de estas representaciones es que están «cargadas de connotaciones tendenciosas y subjetivas»; se trata de «una realidad dibujada permanentemente por los prejuicios valorativos y los usos políticos interesados de la misma, una realidad sembrada de mitos que hacen difícil «la recuperación de la presunta verdad histórica» (14) de los hechos sucedidos entre 1808 y 1814.

La obra se estructura por capítulos dedicados de forma monográfica a cada uno de los mitos aislados por el autor. Éstos encarnan en unos casos en personajes, como Godoy, Fernando VII, o Wellington; en otras, en sujetos colectivos, como las guerrillas o los afrancesados, así como en grandes referentes morales y sociales colectivos, especialmente el de nación o el de revolución. La manera de operar del autor consiste en partir de la aparición primera del mito en su contexto, normalmente durante los mismos acontecimientos de época y recorrer a continuación su adopción historiográfica hasta su creciente cuestionamiento en la literatura más reciente. Se abordan así mitificaciones espurias como la de Godoy como amante de la reina, de José I como alcohólico y pusilánime o del levantamiento del 2 de Mayo como un acto heroico colectivo del conjunto de la población madrileña, frente a las que el autor plantea con otras informaciones y fuentes una «realidad» no concordante y, como afirma para el caso del 2 de Mayo, en general «mucho más mediocre» (354) que lo que sostiene el mito. El efecto es por tanto de aparente desmitificación.

Al hilo de estas valoraciones de los mitos el lector tiene la oportunidad de efectuar además un recorrido en varias cronologías superpuestas sobre los principales acontecimientos y procesos del período, de forma que el libro se convierte en una nueva narración completa del conjunto de acontecimientos y temas principales sobre la guerra de 1808-1814. El lenguaje es ágil, si bien a menudo se percibe una escritura precipitada. Y unas revisiones de temas y «mi-

tos» resultan más afortunadas que otras. En general, el ordenamiento de «representaciones» que plantea García Cárcel deriva en una agregación de biografías de personajes significativos a través de las cuales se trata de mostrar la variedad de posicionamientos intelectuales, políticos, ideológicos de la época acerca de diversos temas. Hay algunos protagonistas, como Capmany, que se insertan de forma muy adecuada y conseguida en la interpretación prismática que anima el texto. Pero el impulso sensible a la variedad de perspectivas decrece conforme el autor se enfrenta a los dos grandes temas «impersonales» en los que pretende distinguir la paja mítica del heno «real»: nación y revolución. Estos dos epígrafes son los más extensos y vienen a constituir sendos ensayos por derecho propio, en los que el autor exhibe su gran conocimiento de procesos institucionales y culturales de la Edad Moderna de enorme utilidad para la adecuada contextualización de lo que pudo significar la Guerra de Independencia para la construcción del imaginario nacional y la modernización institucional a largo plazo. El primero de ellos, el de nación, presenta sin embargo un recorrido excesivamente lineal y teleológico derivado del afán por reivindicar que España no es mera «invención» sino «realidad» producto de una «creación» colectiva intergeneracional, de igual modo que la disertación sobre las Cortes de Cádiz no logra hacerse el eco adecuado de la profunda renovación que está teniendo lugar en los estudios sobre el primer constitucionalismo, especialmente con los trabajos de Clavero, Portillo o Marta Lorente. El resultado es un doblete de relatos que, aunque de forma ponderada, actualizan la tradición que asume la cesura del liberalismo como un antes y un después en la historia española.

Esta tendencia a la ponderación entre distintas interpretaciones es una apuesta declarada del libro. La contraportada recoge como uno de sus valores «la reivindicación de la complejidad como vacuna necesaria contra las interpretaciones reduccionistas o sectarias». Se trata de una pretensión sin duda honrosa, aunque ya de partida es dudoso que la complejidad sea cura suficiente contra el reduccionismo. Sobre todo cuando dicha complejidad es meramente enunciada como un valor en sí, remachada y constatada hasta la saciedad, mas nunca insertada en una hipótesis analítica que la reclame para construir una interpretación realmente alternativa. A este libro le falta por encima de todo una tesis, una explicación, necesariamente teórica, así como una metodología que cimente esa complejidad en lugar de simplemente constatarla. Tras esas proclamas de complejidad lo que se ofrece es más bien un posicionamiento ecléctico que, si bien da cabida a todas las posturas historiográficas legítimas, aporta poco conocimiento nuevo en un sentido cualitativo, como muestra por ejemplo la conclusión de que Cádiz no representa «sólo ruptura ni sólo tradición» (359).

Pero las mayores objeciones que pueden hacerse a este ensayo, seguramente más interesante para el gran público que para el académico, tienen que ver con el abordaje excesivamente unilateral del problema de los mitos en los relatos históricos. García Cárcel asume una postura netamente «re-constructivista»: el pasado de 1808 puede y debe ser rescatado distinguiéndolo del mito; pero no

se queda ahí. Su actitud es además declaradamente hostil contra aquellos que para él reducen la realidad a «puro constructo» y mito, a su dimensión «mediática» (223). En justicia, el autor debería al menos reconocer que el interés por desmitificar que tanto muestra se lo debe en cierta medida a ese conjunto de colegas por él denostados que se han venido dedicando a señalar que, en efecto, los relatos historiográficos que hemos heredado sobre fenómenos como la Guerra de Independencia entre otros muchos están atravesados cuando no configurados por mitos. García Cárcel se nutre en realidad del trabajo de esta corriente de fondo de la historiografía actual a la que ya nadie puede sustraerse, pero trata de usarla para su propio provecho de un modo un tanto ventajista. Pues bien entendido, el postulado «de-constructivista» implica asumir que no hay relatos historiográficos que no contengan mitos, ya que los historiadores no pueden sustraerse a los valores convencionales de su tiempo, que van a parar irremediamente a sus interpretaciones y descripciones del pasado.

Esta segunda parte de la propuesta está completamente soslayada por García Cárcel, que presenta su relato sobre 1808-1814 como libre de todo mito. A ello añade una definición de mito que resulta muy estrecha e incompleta. Argumentar que la construcción de mitos «está en relación directamente proporcional con el poder de que se dispone» (22) es reducir éstos a productos intencionales al servicio de quienes los crean. Pero los mitos pueden también ser comprendidos de otra manera, como una modalidad de saber que tiene la función de producir certidumbre, dando sentido a una realidad que de lo contrario se vuelve imposible de procesar. Desde esta perspectiva no están al servicio de ningún interés particular.

Esto no los priva, por cierto, de ser fuente de conocimiento, de manera que distinguir de forma maniquea entre mito y verdad o «realidad» es una manera simplista y deficiente de enfocar su relevancia para el análisis histórico. Pues lo que este libro deja ver con meridiana claridad, pese a la actitud de su autor, es que los mitos sobre la Guerra de la Independencia fueron parte, y una parte esencial de hecho, de los acontecimientos históricos ocurridos entre 1808 y 1814, así como de otros posteriores. José I pudo no haber sido «[n]i tuerto, ni borracho, ni jugador» (81), que es como lo presentaba con maledicencia la imaginación popular y el mito posterior. Pero sin ese imaginario, como aquel otro que presentaba a Fernando VII como un mártir de la libertad secuestrado por los franceses, la actitud de resistencia contra los enemigos invasores no se habría producido con la intensidad y constancia con que se produjo entre amplios sectores de la población. Este estudio, que se pretende completo sobre los mitos de la Guerra de Independencia, no hace honor alguno, por ejemplo, al hecho de que el infundio y el rumor son piezas clave para la comprensión de los acontecimientos que se recorren en sus páginas.

Que los mitos y rumores son vividos como realidades sobre los que los sujetos no pueden distanciarse a placer es algo que también debería interesar a un estudioso, y no sólo el intento, por otro lado inalcanzable, de deslindarlos total-

mente de una supuesta realidad, o el de producir un relato desprovisto de cargas valorativas apriorísticas, de mitos. Es además más que dudoso que un mito sea un constructo interesado urdido por un grupo concreto, en gran medida porque su contenido se compone de materiales lingüístico-discursivos cuyos significados no son gobernados por nadie, residiendo su fuerza en el hecho de ser compartidos en uno u otro grado por amplios sectores de una sociedad.

Eso vale tanto para los de entonces como para los de ahora, y la prueba es que este libro se muestra incapaz de distanciarse de los mitos con los que está urdido. Incorre así por ejemplo en un defecto muy habitual entre los historiadores: creer que las generaciones anteriores de colegas de oficio se han dedicado a ofrecer interpretaciones tergiversadas, mitificadas, de acontecimientos históricos puestas al servicio de tendencias ideológicas y necesidades espurias, mientras que quien escribe en el presente lo hace libre de esas ataduras y aportando un conocimiento objetivo y científico de la realidad. No hay más que repasar el registro historiográfico del siglo XX para toparse con que esta creencia convencional se repite generación tras generación. A García Cárcel le honra la actitud crítica ante sus colegas «de-constructivistas», a los que espeta que «[d]etrás de toda historia hay mucha sangre derramada, ilusiones rotas, fracasos políticos, biografías atormentadas, que exigen respeto por parte de los historiadores» (17); pero él también debería por su parte mostrarse, si no más respetuoso, sí al menos más humilde ante sus antecesores en la profesión, en lugar de hacerles cargar con toda la responsabilidad de la construcción de mitos para mayor gloria personal. Sobre todo habida cuenta de que él no puede hacer gala de contar con un método de observación alternativo al de la tradición historiográfica desde la que escribieron sus antecesores.

Hemos visto que esa actitud hostil hacia los colegas de oficio es aún más marcada contra quienes según dice reducen toda realidad histórica a invención. No deja de ser paradójico que el autor no efectúe en cambio ningún ajuste de cuentas con todo el conjunto de iniciativas que, aprovechando precisamente la efemérides del bicentenario del 2 de Mayo, están sometiendo a la opinión pública a una manipulación de mitos sin precedentes, con el apoyo además de figuras intelectuales de prestigio. Con ello pone de manifiesto sus propias preferencias, que giran en torno, como exhibe en varias partes de este libro, de sus propios posicionamientos en temas de actualidad, muy especialmente el del «nacionalismo periférico».

Desde ese instante, sin embargo, las interpretaciones de García Cárcel sobre la Guerra de Independencia contienen una influencia inconsciente derivada de sus ideales, temores y prejuicios. Está en su perfecto derecho de considerar que España es una «realidad» rastreada históricamente. Pero cuando afirma que dicha realidad —que según añade «sigue estando en el presente» (364)— es la de una nación «abierta e integrada, fundamentada en un patriotismo no sólo constitucional sino también cultural común, sin inhibiciones ni lastres ideológicos, libre de los complejos generados por el nacionalismo franquista, asentada

en un Estado tan democrático como fuerte (...) consciente, en definitiva, de sus raíces históricas plurales e ilusionada en un proyecto común, sin reducciones sectarias», no puede aspirar a convencer de que el relato histórico derivado de esta opinión esté libre de mitos. Tal vez él no esté dispuesto a admitir los que atraviesan su interpretación de la Guerra de Independencia, pero ello no le librá de recibir en el futuro el mismo trato que él propina a los que le han precedido y a los que no comparten su visión del conocimiento histórico y sus interpretaciones.

Pablo Sánchez León

GRACIA, JORDI ed.: *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1933-1975*, colección España escrita, Planeta, Barcelona, 2007, 588 págs. ISBN: 9-788408-071877.

Hay documentos que pasan rápidamente a los anaqueles de nuestra librería, que necesitamos conocer, estudiar y anotar para comprender no sólo las trayectorias individuales —como en este caso que nos ocupa— sino las colectivas. Este libro viene a mostrarnos precisamente que lo individual se convierte en mera anécdota cuando median intereses que sólo se pueden contemplar desde el plural, esto es desde el «nosotros». Y, por cierto, el primer poemario de Dionisio Ridruejo, publicado en 1935, llevaba por significativo título *Plural*. A mediados de agosto de ese mismo año, José Antonio Primo de Rivera le remite una cálida carta agradeciéndole el envío:

[...] Llegó a punto, en vísperas de varios viajes, para que, de un lado, no te pudiera dar las gracias enseguida y, de otro lado, te las tuviera que dar más profundas, porque tu libro me ha acompañado en los viajes y me los ha hecho claros y ligeros.

De los versos no te diré más que lo que te dije cuando te oí recitar algunos. Ya te diste cuenta de que en el elogio no puse sólo cortesía [...] (pp. 16-17).

En *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1939-1975* vamos a encontrar este tipo de material, vivencial y verídico a la vez, testimonio de una existencia intensa, como pocos pudieron y supieron vivir en las diferentes circunstancias históricas que la rodearon. Dionisio Ridruejo es, sin duda, una de esas pocas figuras controvertidas del fascismo español que supo desligarse de aquellos vínculos, de manera coherente y paulatina, para convertirse en una de las claves de la resistencia antifranquista. Si en este libro hay numerosos fetiches para los amantes de la época más activa de los totalitarismos en España, de su tejido cultural e intelectual, de sus implicaciones y aspiraciones sociales —y ahí queda esa perlita, que es la carta de José Antonio—, no son pocas las epístolas que los combinarán con la ironía, la descripción, la amistad, la crítica, etc., e incluso algunas más sentimentales, si bien el